

Pedro Selva

## El fondo místico de Proust



**C**ORREN sobre Marcel Proust multitud de ideas falsas que aceptan no sólo personas ajenas a la literatura, incapaces de acercarse mucho a la obra del novelista, sino hasta gente culta, pensante, leyente, incluso escritores obligados por su oficio a estudiar los grandes monumentos de las letras modernas, entre los cuales, el más alto de todos, el que mayor influjo ha ejercido, es la serie «En Busca del Tiempo Perdido».

Veamos una de esas ideas.

Se afirma que Proust carecía de espíritu religioso, se le tiene por un alma desprovista del sentimiento de la inmortalidad, ajena a Dios, indiferente al bien y al mal, preocupada sólo de la sensación inmediata, del placer, del dolor y que se encarnizaba observando detalles mínimos, sin levantar jamás la vista.

Existen, debemos confesarlo, ciertos motivos para que este error se haya generalizado y quienes lo sufren pueden alegar causas atenuantes.

Proust venía del corazón del siglo XIX, es decir, del cientismo, del experimentalismo, de la observación directa y el trozo de vida; adoraba la certidumbre positiva y, como hijo y hermano de médico, criado en atmósfera de clínica, el mundo de los humanos se le presentaba como un mundo de enfermos y las pasiones las analizaba como dolencias físicas. El amor era un bacilo comparable al del cólera y los celos una neurosis que empezaba, culminaba y declinaba según procesos establecidos, igual que los procesos morbosos. Son incontables, a todo propósito, sus comparaciones tomadas de las ciencias naturales, a las que fué muy aficionado; y ese aspecto de su estilo bastaría para calificar y clasificar al hombre; por sus metáforas los conoceréis, dime a lo que comparas y te diré quién eres.

No creía, de seguro, en ninguna religión y estaba a mil leguas de los dogmas, de las prácticas, oraciones y sacramentos.

Parecíale que ni en este ni otro mundo hay justicia. Y que todos van solitarios, con los ojos vendados, a través de la sombra.

Era, en suma, un agnóstico.

François Mauriac, el del «catolicismo histérico», declaró que su obra se caracterizaba por «una inmensa ausencia». Se refería a la ausencia de Dios, cuyo nombre creo que no aparece nunca en los dieciséis tomos de la novela proustiana, y cuya imagen, en realidad, tampoco se divisa.

¿Entonces?

Pero eso no es todo Proust. La creación de Proust alcanza límites más vastos y deja oír resonancias que sólo perciben quienes han recorrido sus dominios dos, tres, cuatro o más veces, explorándolos y volviéndolos a explorar; su libro es como esas selvas donde los naturalistas viven años haciendo día a día descubrimientos nuevos y hallando casos y cosas que primero no les habían llamado la atención y, de pronto, les maravillan, les hacen cambiar todo su sistema y trastornar sus ideas.

La obra de Proust se halla compuesta de mil capas sucesivas: al principio sólo se ve una; después se levanta otra; en seguida, perforando, excavando en hondura, se descubren más y más, hasta abismar. Es como las catedrales góticas donde, en sitios oscuros, bajo los arcos de una escalera secundaria, escondido y destinado a permanecer invisible, la lamparilla del anticuario hace surgir extrañas figuras de ángeles extáticos o de diablos retorcidos que aguardaban allí, por siglos, la mirada de un visitante casi imposible.

Apartando los temas principales o secundarios de Proust—el transcurso del tiempo, los vaivenes sociales, los altibajos de las familias y los individuos, las intermitencias mentales y sentimentales de los personajes—yendo al fondo del fondo, después de frecuentarlo mucho ¿qué encontramos más adentro?

Pues, para nosotros—para ustedes también—traemos y extraemos un mensaje, una búsqueda ansiosa, una interrogación apasionada y ecos de contestaciones

perdidas, celestes. todas enderezadas hacia el problema de la supervivencia y el más allá, hacia el otro mundo y la posibilidad de que, después de la muerte, existamos aún.

Esto se llamó durante cierto tiempo, tener «un mensaje». Había escritores con mensaje y escritores sin mensaje. Se decía de un novelista agradable, buen narrador, pero desprovisto de trascendencia, sí, está muy bien, pero... no tiene mensaje. En cambio Bourget, si merecía graves reproches, no ha negado el mensaje, un mensaje que empeñaba por transmitir, aun a la fuerza.

En realidad, el mensaje es la tesis con otro nombre.

Pero la palabra «tesis», la expresión «novela de tesis», se habían desacreditado y fueron substituídos por el «mensaje».

Proust tiene su tesis, tras su mensaje, necesita decirnos algo desde adentro.

Y ese algo es, ni más ni menos, el resultado de su exploración por los reinos invisibles, por los dominios del éxtasis, hacia los linderos del arrobamiento místico. Es lo que le preocupa. Allá es donde se dirigió su ferviente y tenaz esperanza. ¿Existe en nosotros algo inmortal? ¿Morimos completamente cuando la respiración se escapa y desaparece el soplo vivo? ¿No somos sino «esta sombra vana que cruza entre la noche y la mañana?».

El incomparable instrumento de investigación de la naturaleza lo había dotado, su casi patológica sensibilidad, su intuición poco menos que sobrehumana, aña-

dados a sus medios de expresión, los más finos y potentes, los más dúctiles y finos, todo lo puso al servicio de esa curiosidad frenética y los utilizó en la empresa de hundirse primero hasta la mayor profundidad, para saber, para averiguar, para cazar la perla, y en seguida ascender desde las honduras hacia la superficie y, dándoles forma, mostrar a la luz sus descubrimientos, sin quitarles ni añadirles, con rigor de sabio, con escrúpulos de naturalista y médico que respetan los secretos naturales.

Porque Proust quería saber si hay algo, quería pasarse al otro bando, pero sin abdicar de nada, sin entregar un arma, con todos sus bagajes científicos y sus exigencias de certidumbre experimental. Y eso es lo que lo hace tan distinto de los místicos ordinarios y de los visionarios comunes, los cuales se abandonan y creen cuanto ven o creen ver, aceptan cuanto oyen o creen oír. El místico, el visionario, porque había en él un visionario y un místico, hallábanse unidos indisolublemente a un hombre de método, de técnica, de pensamiento insobornable, es decir, a un sabio moderno; pero ya el siglo iba saliendo de su etapa ilusoria, se desengañaba un poco de la panacea científica y las nuevas corrientes ideológicas, espiritualistas o casi espiritualistas, lograron orientarlo y darle más soltura, mayor amplitud de miras y una seguridad de análisis, una agudeza de visión como ciertamente, no se habían encontrado aún en la literatura francesa.

Proust buscó a Dios de una manera positiva, con los ojos abiertos.

Pero lo buscó, no en el dolor, para consolarse, sino en el éxtasis, para verlo. Es otra de sus diferencias fundamentales con la actitud general ante la divinidad, a la cual buscan siempre, no por sí mismo, sino por sus dones, a la cual encuentran como un remedio, no como un hallazgo.

Proust la descubrió así.

Primero, en la memoria involuntaria. La ansiedad y el arrobo que le causan los campanarios de Martinville, los tres árboles, el bollo de Magdalena y las demás irrupciones del recuerdo instintivo constituyen, sencillamente, momentos de éxtasis, raptos como los que tenían los bienaventurados en la oración. Después, en las sensaciones musicales. Las descripciones que en distintos pasajes hace Proust de la música de Vinteuil, la sonata y el septuor, tan prodigiosamente orquestadas y que constituyen una pasmosa novedad en materia de traducción de un arte a otro arte, no sólo contienen una emoción de belleza sublime sino que encierran el grano preciso de su mensaje espiritual, la almendra de su pensamiento • de su mística. Todo el resto de su obra podría bajar y perderse; bastaría esa cima iluminada para que su elevación, su delicadeza, su exquisito modelado, su encaje fuerte y aéreo revelara a las generaciones que un genio de primera clase había aparecido.

Ahí resuena la nota máxima de su máxima voz.

Y esa voz habla de la inmortalidad, explora el mundo invisible, se adelanta sombra adentro, interrogando, y no vuelve sin traer reminiscencias de respuestas entre—oídas y cuasi—certidumbres de una supervivencia inmortal.

El Tomo II del «Camino de Swann», nos hace asistir a una reunión donde se ejecuta la pieza maestra del músico Vinteuil, en el cual ha resumido Proust algunas de sus admiraciones y no poco de lo que él mismo ejecutaba y componía, porque su cultura musical llegó mucho más allá de lo que en general alcanza dentro del gremio literario; y ello explica no sólo sus precisas explicaciones sino también sus maravillosas percepciones, porque no se percibe bien sino lo que se conoce. La orquesta ha logrado producir en el auditorio el arrobo musical. (No en todos: sólo hay un éxtasis, el del espasmo erótico, accesible a cualquiera). Entonces al terminar de uno de los trozos, leemos: «... el campo que se le abre al pianista no es un mequino teclado de siete notas, sino un teclado inconmensurable, desconocido casi por completo, donde aquí y allá, separadas por espesas tinieblas inexploradas, han sido descubiertas algunos millones de teclas de ternura, de coraje, de pasión, de serenidad que le componen, tan distintas entre sí como un mundo de otro mundo, por unos cuantos grandes artistas que nos han hecho el favor, despertando en nosotros la equivalencia del tema, que ellos descubrieron, de mostrarnos la gran riqueza, la gran variedad oculta, sin que nos demos cuen-

ta, en esa noche enorme, impenetrada y descorazonadora de nuestra alma, que consideramos como el vacío y la nada. Vinteuil fué uno de esos músicos. En su frase, aunque presentara a la razón una superficie obscura, se sentía un contenido tan consistente, tan lleno de fuerza nueva y original, que los que la habían oído guardábanla en la memoria en el mismo plano que las ideas del entendimiento. Swann se refería a ella como a una concepción de la felicidad y del amor cuya particularidad apreciaba tan perfectamente como la de la Princesa de Cleves o la de René, en cuanto esos nombres se presentaban a su recuerdo. Hasta cuando no pensaba en la frase seguía latente en su ánimo, lo mismo, que esas otras nociones sin equivalente, como la de la luz, el relieve, el sonido, la voluptuosidad física, etc., que son los ricos dominios en que se diversifica y se exalta nuestro reino interior. Quizás los perdamos, quizás se borren, si es que volvemos a la nada, pero mientras vivamos no nos queda otro remedio que darlos por conocidos, como no nos queda otro remedio con los objetos materiales, y como no podemos, por ejemplo, dudar de la lámpara encendida ante los objetos metamorfoseados de nuestro cuarto, de que pone en fuga hasta el recuerdo de la obscuridad. Por eso, la frase de Vinteuil, lo mismo que algunos temas de Tristán, por ejemplo, que representan para nosotros una cierta adquisición sentimental, participaba de nuestra condición mortal, cobraba un carácter humano muy emocionante. Su suerte ya estaba unida a la realidad



y al porvenir de nuestra alma, y era uno de sus más particulares y característicos adornos. Acaso la nada sea la única verdad y no exista nuestro ensueño; pero entonces esas frases musicales, esas nociones que en relación a la nada existen, tampoco tendrán realidad. Pereceremos; pero nos llevamos en rehenes esas divinas cautivas que correrán nuestra fortuna. Y la muerte con ellas parece menos amarga, menos sin gloria, quizás menos probable».

(continuará).

San Francisco de Las Condes. Febrero de 1948.